



PRIMER CAPÍTULO

Sobre un barquito de corteza y una montaña
que escupía fuego

La mamá del Mumintroll estaba sentada al sol en la escalera, mientras enjarcaba un barquito de corteza de árbol.

Si recuerdo bien, un pailebote tiene dos grandes velas en la parte de atrás y varias pequeñas y triangulares delante, junto al bauprés, pensó.

El timón era lo más engorroso y la bodega, lo más divertido. Mamá Mumin había hecho una escotilla pequeñísima de corteza, y cuando la puso en su sitio encajó perfectamente en el agujero y los bordes finitos quedaron bien pegados a la cubierta.

Por si hay tormenta, dijo para sí misma suspirando contenta.

A su lado, en la escalera, estaba sentada la hija de la Mymla con las piernas recogidas debajo de la barbilla, observando. Vio

cómo la mamá del Mumintroll sujetaba el estay con alfileres, todos ellos con cabezas de cristal de diferentes colores. En las puntas de los mástiles puso gallardetes rojos.

¿Para quién es?, preguntó con devoción la hija de la Mymla.

Para el Mumintroll, dijo la madre y se puso a buscar en su costurero un amarre adecuado para el ancla.

¡No empujes!, gritó una voz muy tenue dentro del costurero.

Ay, por Dios, dijo la mamá del Mumintroll, ya está tu hermana dentro del costurero otra vez. Se va a pinchar con los alfileres.

¡My!, dijo amenazante la hija de la Mymla hurgando en una maraña de hilos intentando sacar de allí a su hermana. ¡Sal inmediatamente!

Pero la Pequeña My se deslizó aún más adentro en el costurero y desapareció por completo entre la maraña de hilos.

Resulta tan pesado que haya salido así de pequeña..., se quejó la hija de la Mymla. Nunca sé dónde se ha metido. ¿No le puedes hacer un barco de corteza a ella también? Entonces podría navegar en el barril de agua y yo al menos sabría dónde está.

La mamá del Mumintroll se rió y sacó un trozo de corteza de su bolso.

¿Crees que éste aguantaría a la Pequeña My?, preguntó.

Seguro, dijo la hija de la Mymla. Pero también tendrás que hacerle un pequeño cinturón salvavidas de corteza.

¿Puedo cortar el ovillo en trozos?, gritó la Pequeña My en el costurero.

Adelante, dijo Mamá Mumin. Estaba sentada observando su pailebote y se preguntaba si se le olvidaba ponerle alguna cosa. Mientras lo sostenía en la patita, apareció de pronto planeando una gran pavesa de hollín que se posó sobre la cubierta.

¡Uf!, dijo la mamá del Mumintroll quitándosela de un sopli-

do. Enseguida llegó volando otra pavesa y se le posó sobre el hocico. Todo el aire estaba lleno de ellas.

Mamá Mumin se levantó y suspiró.

Es tan irritante esto de la montaña que escupe fuego..., dijo.

¿Montaña que escupe fuego?, preguntó la Pequeña My interesada mientras salía del costurero.

Sí, es una montaña de por aquí cerca que ha empezado a escupir fuego, explicó Mamá Mumin. Y hollín. Ha estado tranquila desde que me casé y ahora, justo cuando acabo de tender la ropa para que se seque, empieza a resoplar otra vez y se pone todo negro...

¡Se va a quemar el mundo entero!, gritó alegre la Pequeña My. ¡Y todas las casas, los jardines, los juguetes y los hermanitos, y también sus juguetes, todo se va a quemar!

Tonterías, dijo Mamá Mumin dulcemente, sacudiéndose un poco de hollín del hocico.

Y se fue a buscar al Mumintroll.

Bajando por la pendiente, un poco a la derecha de los árboles donde colgaba la hamaca Papá Mumin, había un gran agujero que estaba lleno de agua de color marrón muy clarito. La hija de la Mymla siempre decía que en el centro no había fondo. A lo mejor tenía razón. En los bordes crecían hojas anchas y relucientes donde podían descansar las libélulas y los zapateros, y debajo de la superficie había una mezcla de bichitos que iban de un lado a otro sin dejar de estar alerta. Más abajo brillaban los ojos de oro de la rana y, a veces, se podían ver los rápidos destellos de sus misteriosos parientes que vivían abajo del todo, en el barro.

El Mumintroll estaba tumbado en su lugar de siempre (o en uno de sus lugares de siempre), acurrucado sobre el musgo verde y amarillo con la cola puesta con cuidado debajo del cuerpo.



Miraba serio y satisfecho el agua mientras escuchaba el frufrú de las alas de las abejas y su soñoliento zumbido.

Será para mí, pensó. Tiene que ser para mí. Siempre le hace el primer barco de corteza del verano al que más quiere. Después lo disimula un poco para que nadie se ponga triste. Si aquel zapatero se va hacia el este no llevará yola. Si se va hacia el oeste, llevará yola y será tan pequeña que no se podrá coger ni con la pata.

El zapatero se deslizó lentamente hacia el este y al Mumintröll se le saltaron las lágrimas.

Al instante, la hierba sonó y su madre sacó la cabeza por entre las borlas.

Hola, dijo. Tengo una cosa para ti.

Con cuidado puso el pailebote en el agua. Se balanceaba con hermosura sobre su reflejo y comenzó a dar bordadas de forma natural, como si nunca hubiese hecho otra cosa.

El Mumintroll vio enseguida que se le había olvidado la yola.

Restregó con cariño su hocico contra el de ella (es como pasar la cara por terciopelo blanco) y dijo:

Es el más bonito que has hecho jamás.

Se sentaron el uno junto al otro sobre el musgo mirando cómo el pailebote navegaba a través del *pott*¹ y se detenía sobre una hoja.

En la casa podían oír a la hija de la Mymla gritarle a su hermana pequeña. ¡My! ¡My!, gritaba. ¡Niña espantosa! ¡Myyy! ¡Ven a casa que te voy a tirar de los pelos!

Ya se ha escondido otra vez, dijo el Mumintroll. ¿Recuerdas cuando la encontramos en tu bolso?

Mamá Mumin asintió. Estaba sentada con el hocico en el espejo del agua mirando el fondo.

Ahí hay algo que brilla, dijo.

Es tu pulsera de oro, dijo el Mumintroll. Y el anillo de pie de la señorita Snork. ¿No es una buena idea?

Muy buena, dijo su madre. A partir de ahora vamos a tener siempre nuestras joyas en agua marrón de manantial. Quedan mucho más bonitas ahí.



¹ Un *pott* es una charca pequeña y profunda, típica en Finlandia. (N. de la A.)